



**MARIO
ZEGARRA**
**TAN IGNORADO
COMO AQUÍ**

*El capitán Santiago Matamoros
y el caso del librero de San Isidro*

BÄRENHAUS

P.N.P
ON 86

MARIO
ZEGARRA
TAN IGNORADO
COMO AQUÍ

*El capitán Santiago Matamoros
y el caso del librero de San Isidro*



BIBLIOTECA ELEGIDA

*Colección dirigida por
Marcelo di Marco*

BÄRENHAUS

Para Luz, mi cómplice maleante y aguerrida.



*En ningún otro lugar se grita tanto.
En ningún otro lugar el dolor y el sufrimiento
es algo tan ignorado como aquí,
porque aquí hay siempre algo que grita.*

GOTTFRIED BENN



Terminados sus cuatro meses de licencia psiquiátrica, Santiago Matamoros estaba por llegar a una nueva escena del crimen, bien de madrugada, cuando desde el patio mismo de la quinta notó el hedor a muerto, que ni el humo del cigarrillo —el quinto Morley desde que el llamado de Ruiz lo había arrancado de la cama— podía atenuar. Pero eso era lo de menos: la incertidumbre le desgajaba las tripas. Aun ahogándose entre los rezagos del pisco, intentaba enfrentar el espanto de no encontrar a alguien que le dijera: *Tu hija aparecerá.*

Todo va estar bien, capitán, se dijo. Todo va a estar bien.

Todo va a estar bien. Todo va a estar bien. Todo va a estar bien. Todo va a estar bien. Necesitaba repetirlo. Un mantra. Una palmadita en el hombro, un impulso de seguridad para seguir viviendo. Pero era inútil.

Se apoyó contra una de las últimas columnas del patio. Tanteó esa superficie descascarada, intentando no caerse. Tanteaba sus recuerdos, también: la voz de la Áurea de los primeros años del noviazgo, cuando leían juntos, bien acurrucados, alguna

novela. *¿En qué momento se había jodido el Perú?* La voz de Áurea.

¿En qué momento se había jodido Santiago Matamoros? ¿En qué momento Áurea había empezado a dejarlo?

En qué momento te jodiste, Santiago.

Esmeralda.

La muerte de su pequeña Esmeralda.

La posible muerte, mejor dicho: ni esa certeza tenía.

12

Olvidar. Perderse en su propia miseria.

Esta misma madrugada, una hora antes y entre las pesadillas del pisco, se estaba remontando a ese amanecer de terror, cuatro meses atrás, hoy revivido desde la lejanía de los recuerdos. Y el walkie-talkie lo despertó, lo sacó de su sueño con Esmeralda. Su pequeña Esmeralda, que seguía perdida.

—¿En dónde dices que es, Epifanio? —había respondido entre balbuceos, garabateando en la libreta que siempre llevaba consigo y que había dejado junto al walkie-talkie—. Sí, sí... Descuida, no pasa nada. Estoy bien. —Bostezó—. Me cambio y voy para allá.

Sí: cuatro meses lo alejaban de la sonrisa de su pequeña Esmeralda. Y no solamente de su pequeña Esmeralda: ella era sólo una cifra más en el caso de las niñas secuestradas en Lima.

Sin poder levantarse del todo pese al apremio de Epifanio Ruiz, Santiago Matamoros se había abandonado al ajado recuerdo de una foto que sacó del cajón de la mesa de noche. Y se esfumó en la desolación del secuestro. Hilvanó poco a poco las ideas, frotándose las sienas. Lo que daría por un café bien cargado.

Y ahora, a punto de salir del patio a toparse con lo que fuese que había descubierto el teniente, prendió otro Morley.

Faltaba poco para el amanecer, y las antiguas baldosas moriscas lucían resbaladizas. Matamoros por poco se va de bruces, y a tanto escándalo le respondió el intenso trinar de todo un penal de canarios enjaulados. Y vio que Epifanio Ruiz salía del patio interior, directo a él.

—¡Diablos, teniente! —dijo—. Alguien ya debió haberse partido el cuello en esta mierda de patio.

—Casi el que se parte el cuello eres tú, capitán Santiago. Por poco y patinas hasta el fondo del infierno. Buena manera de retomar el cargo.

—No jodas, teniente. —Santiago Matamoros intentó mostrarle a Ruiz su mejor expresión—. ¿Novedades?

El teniente Epifanio dudó antes de hablar:

—¿Crees que...?

—... carajo, estoy bien. Qué novedades hay. Me vas a responder o no.

—Antes de aquello que huele tan rico —Epifanio señaló con el pulgar el fondo del patio—, encontramos a Valdivia. ¿Quieres ir yendo para ver con qué nos...?

—¿Ya lo interrogaron? —dijo Santiago Matamoros mostrando todo su interés.

—¿A quién?

—A Valdivia, a quién si no. ¿Ya lo interrogaron?

—¿Interrogarlo, compare? Lo encontramos, pero hecho mierda: lo aventaron por la ventana de un cuarto piso, Santiago.

—¡Carajo! —Santiago Matamoros dio con el puño contra la columna—. Ahora el maldito no nos podrá contar nada.

—Salvo que se invente en serio eso de la ResurrectionMachine® —dijo Epifanio—, no creo que jamás vuelva a decir palabra alguna. Lo hicieron volar calato junto con la “kinesióloga” que se había contratado el muy arrecho. ¡Vaya maldita suerte!

14 —¿Suerte? Suerte tiene el hijo de puta del Tayta, de quien estamos más lejos con esta maniobra: no es casualidad que hayan defenestrado a nuestro soplón.

—Defene... ¿qué?

—Arrojado por una ventana, teniente —dijo Santiago Matamoros, ofuscado—. No voy a andar explicándote siempre todas las cosas.

—Ah, era eso... —dijo Epifanio intentando ocultar la vergüenza—. Ya, compare, no se diga más.

—Llévame a ver toda esa mierda, sea lo que sea.

Dejaron el patio, en silencio, rumbo a la presunta escena del crimen: todo el ambiente apestaba. Doblaron a la izquierda, después a la derecha, y atravesaron un pasadizo que desembocaba en un patio un poco más pequeño. El gorjeo de la multitud de canarios le caía como una patada en el culo a la resaca de padre y señor mío que sufría Matamoros.

—Algunas personas coleccionan recuerdos —le dijo el capitán al teniente, quien se la veía venir—. Otras, algún cachivache. ¡Por qué demonios me tengo que topar yo con hijos de puta que recolectan bestias tan chillonas!

Las sonrisas de los dos fueron extinguidas por la inconfundible fetidez de la carne corrupta que venía del otro lado de la puerta de acero. ¿Carne podrida de algún animal, de algún desdichado? Pero Epifanio Ruiz lo intuía: aunque no podía revelárselo a Matamoros, él estaba ahí buscando a esa persona, justamente a ese posible muerto: el dueño de la quinta. Debía encontrarlo para llegar al libro que le habían mandado a buscar. No pudo franquear la puerta de acero fundido, y ante la novedad de la pestilencia decidió dar el aviso al capitán.

Santiago Matamoros exhumó recuerdos relegados en algún rincón de la memoria. Escenas con zanjones como comunes escenarios. Mutilados, cadáveres desfigurados que quebrantaban el alma, llantos, muertos y muertas copulando unos con otros en una danza eterna, pequeñas partes humanas —¿acaso provenientes de alguna niña, Santiago Matamoros?— enmarañadas en un amasijo sanguinolento, vísceras podridas comulgando con enjambres de moscas, un revoltijo en las entrañas, la frustración a flor de piel sofocando el corazón, la duda atormentándolo.

Conforme avanzaban, la pestilencia se acentuaba y alteraba a Matamoros más de la cuenta: se ahogaba, y sus entrañas amenazaban con reventar. Se hincó y vomitó.

—Justo cuando llegamos —dijo Epifanio Ruiz cubriéndose la nariz con un pañuelo—. Aquí es. ¿De verdad estás bien, capitán?

—Claro que sí, Epifanio. Y no me vengas ahora con tus pendejadas de andar tapándote la nariz, cuando te he visto en peores condiciones que las mías.

—No es eso, compa...

—... o acaso no te acuerdas de cuántas veces te he cargado ebrio hasta tu cama. Siempre parabas con esa sonrisota, pensando que yo era una mujer que te quería levantar. ¡O un cabro de mierda, Epifanio! Si no te cuida, hace lustros que tu culo ya no te pertenecería.

—Disculpa, Santiago. No fue mi intención, es que nunca te has puesto así durante un opera...

—... ¿todavía conservas ese trapo viejo? —dijo Matamoros mirando con asco el pañuelo de Ruiz, una

porquería de cuadros rojos y negros—. Debemos hablar seriamente de ese asunto.

—¡Pero es que me lo dio ella, compare! —se quejó el teniente—. Y me dijo: mientras lo conser...

—... ¡y una mierda, no se diga más! Sabes que lo digo, que lo hago porque te quiero un huevo. Después conversaremos al respecto, Ruiz.

—Está bien, lo dejamos para después. —Epifanio Ruiz señaló la puerta en donde los esperaba aquella pestilencia—. Detrás de esa puerta de acero fundido seguramente encontraremos algo mucho menos importante que mi puto pañuelito, pero igual dará que hablar. —Hizo una pausa. Y dijo, muy serio—: Lo presiento, Matamoros.

Ya amanecía.

Las baldosas del patio reflejaban una luz de matices turbios. Un sexto sentido le dijo al capitán Santiago Matamoros que traspasar esa puerta desataría todas las catástrofes, malos augurios y desesperanzas. En su imaginación, aquel enigma se había vuelto una caja de Pandora.

—¿Y el resto de los muchachos? —preguntó, con la mano en el pomo de la puerta. Una mirada de Epifanio le insinuó que los efectivos ya se encontraban en sus posiciones—. Haz que vengan dos, y que tomen nota de la hora del inicio del operativo. Y que no dejen entrar a nadie. Mejor que sean tres. ¡Apresúrate!

—Hora de alzar el telón —dijo Epifanio Ruiz, con tono siniestro y frotándose las manos. Por el walkie-talkie ordenó la presencia de los tres efectivos.

Pero no podía concentrarse del todo en lo que les diría: lo había impactado el encuentro de anoche, con Arabella. Puta madre, se dijo entre temblores. No puedo controlar mis nervios.

—¿Pasa algo, Epifanio? —le dijo Santiago Matamoros, quien no podía girar el pomo.

—¿Con la puerta?

—Contigo, huevonazo.

—Nada, nada. No pasa nada.

18 Intentaron abrir la puerta de acero. A pesar de los empujones de Santiago Matamoros y Epifanio Ruiz, la puerta no se movió.

—¡Mierda! —dijo Epifanio Ruiz—. No pienso morir-me aquí afuera esperando.

Y a sus espaldas oyeron una voz conocida que ninguno de los dos logró identificar.

—Capitán Santiago Matamoros.

Al darse vuelta, distinguieron tres sombras. Envueltos de la luz amarilla proyectada por la polvorienta bombilla del patio y avanzando entre la neblina del amanecer, que borroneaba las cosas, los desconocidos se acercaban a ellos. Por el característico punto al rojo vivo, uno de ellos estaba fumando.

—¡No pueden ser apariciones! —dijo Epifanio Ruiz.

—Las apariciones fuman, Epifanio. Créeme.

—Capitán Santiago Matamoros —repitió la misteriosa voz, y dio una larga pitada al cigarrillo—. Ya estamos aquí, como ordenó.

—Flaco de mierda —Epifanio Ruiz identificó la misteriosa voz—. ¡Apúrate y ayúdanos a palanquear la puerta!

—Ya escuchaste al teniente —dijo el capitán Santiago, burlón—. Apresúrate, que está un poco nervioso. No queremos despertar a los muertos.

—¿Qué pasa, teniente? —dijo el Flaco Hermoza, ya ante la puerta de acero, sacando las herramientas—. ¿No le tendrá miedo a los fantasmas? Mire que me llevará unos minutos.

—Cállate, carajo —dijo Epifanio Ruiz.

—Déjense de huevadas y pónganse a trabajar —dijo el capitán, sonriente.

Pero esa sonrisa era fingida.

Porque la situación lo llevó a recordarse de joven, en aquel puesto de avanzada en plena selva del Hualлага. Eran los años más duros del combate contra los senderistas.

—Santiago... —El por entonces cabo Epifanio Ruiz volvió a zarandearme, más insistente—. Despiértate, hombre.

No logró despabilarme del todo: seguí acurrucado debajo de la vieja colcha.

—Ya, Epifanio, ya estoy despierto. ¿Cuál es el apuro, cabo? Todavía no es mi turno de guardia. ¿O sí?

—Hay algo ahí afuera merodeando. Apúrate, tienes que verlo.

Me desembaracé de la cobija. Por instinto cogí mi fusil: teníamos prohibida la indecisión. Me asomé con cautela sobre el endeble entablado que nos resguardaba. Indagué en la espesura de la noche.

—¿Diste la alerta? —le pregunté a Ruiz, el dedo en el guardamonte.

—No, no, no: van a creer que estoy loco.

Intenté descifrar los secretos de las penumbras, pero no lo conseguí. Seguí intranquilo, apuntando a la oscuridad.

—No veo nada, Epifanio. ¿Estás seguro, alumbras-te la zona? Esos perros rojos acechan agazapados ahí.

—No, Matamoros —me respondió aterrado—. No alumbré nada. No son tucos, es otra cosa. Mira por allá, al costado de esos árboles rojizos. —Señaló nuestro lado izquierdo, entregándome los binoculares—. Ahí, mira. —Dejé el fusil sobre mi regazo y sondeé la zona hasta el punto indicado por Epifanio.

Y la vi.

El Flaco Hermoza llevaba unos larguísimos tres cuartos de hora, y la puerta seguía sin abrir. Con la llegada del sol, cada vez más alto, el hedor se incrementaba.

Cada efectivo se envolvía en sus propias cavilaciones. Santiago Matamoros miraba cómo dudaba el Flaco. Qué ganzúa, qué comba o artilugio rocambolesco usar para desentrañar las diminutas piezas de las cerraduras. Qué mierda estaba sacando el Flaco de esa maleta. Cada cojudez más exagerada, más fantástica y más extraordinaria que la anterior. ¿Por qué diablos no puede ser normal y usar un par de alambres o unas buenas pinzas? Tan difícil no es. Mi compadre tiene razón, Flaco de mierda. Nos viene con cada huevada este concha. Huevadas, sí, cómo no. Ahora serán huevadas, pero de novatos nos cagábamos de miedo. Y al menos nos quedaba una buena anécdota.

Y la vi.

Epifanio tenía mucha razón: no eran terrucos, ni mucho menos animales, ni siquiera algo que uno pudiera imaginarse en medio de esa selva.

Si dábamos la voz de alerta, nos tildaban de locos: efectivos que perdieron la cordura en medio del deber. Terminaríamos encerrados en celdas de paredes acolchadas. Cada semana nos arrastrarían al consultorio de algún eminente loquero del Hospital de la Policía Nacional del Perú, a encastrar piezas de madera y urdir canastitas de mimbre. Acaso nos convertiríamos en literatura médica, modelos de víctimas del síndrome de estrés postraumático.

¿Dar la voz de alerta? Ni cagando, hermanito.

—Epifanio —le dije agarrándolo de su tembloroso brazo—, estás mirando lo mismo que yo.

Él asintió con áspera resolución, y yo no podía creer lo que estaba viendo.

La aparición vestía de blanco de pies a cabeza. Llevaba un largo y desgastado vestido de seda antigua. Se le veía radiante. Era —o había sido— bellísima, o eso creí en un primer momento, aunque nunca logré verle bien la cara. Tenía el pelo muy largo y muy negro. De un negro tan pálido, tan níveo. Se me ocurrió que el pelo era cenizas calcinadas azotadas por el tiempo. En verdad era extraña. Se apoyó contra un árbol, y me dio la impresión de que conversaba con alguien, con la actitud de quien revela un secreto. Después entrecruzó los brazos y apoyó la cabeza sobre el árbol, tal vez en penitencia. O quizá sólo jugaba. Nunca lo sabré.

Agazapada escarbó la tierra, con las manos desnudas, y enseguida enterró algo en ese pozo. Agucé más la vista: la mujer —o lo que creí que era una mujer— extendió los brazos hacia los costados, formando un ángulo exacto de noventa grados con su cuerpo. Las palmas hacia nosotros, trataba de abrazarnos. Y yo supe que ese abrazo sería mortal.

Acércate.

Ven.

22

Te necesito.

Creí oír esas frases, pero años después supe que no provenían de sus labios: una presencia animaba a aquella sombra, que nos hablaba a Ruiz y a mí, sin voz. Puras falsedades. El miedo me engañaba, desafiando mis sentidos con ilusiones auditivas. Me quedé estupefacto, incrédulo ante un prodigio tan insólito. ¡Esto no estaba sucediendo! Una mujer hermosísima —digamos, casi transparente—, calmada frente a nosotros, comandos policiales especializados en exterminar terroristas..., y ella ahí, como si nada, mostrándose muy suelta de huesos.

Normalmente, ver personas por estos parajes es un poco difícil, pero no imposible. Encontrarnos con subversivos, aborígenes o algún grupo de ronderos es, digamos, lo más común. Pero tropezar con una mujer como ella, y en un lugar así, resultaba complicado.

Tomé nota de la hora: la aparición no se movía de ahí, aunque habían pasado más de cinco minutos. Su vestimenta no se acomodaba al clima ni a las usanzas de la zona. Algo no cuadraba.

Lo sentí —y sé que también Epifanio lo sintió, en contraste con el nocturno calor de esta selva—: un tenue soplo me heló la nuca como si un moribundo me exhalara su aliento. Y ni qué decir del entorno, que se silenció como si alguien lo hubiera desconectado de un tirón. La noche se reprimía en un apagado vacío. Y la consciencia de lo sobrenatural nos seguía envolviendo, porque el universo se empeñaba en anular cada uno de los sonidos.

Sólo oía el latido acelerado de mi corazón. Me percaté de mi palidez. Volteé y vi a Epifanio horrorizado, ambos boquiabiertos mirando: el vestido de la mujer le llegaba hasta los pies. Un momento, un momento... ¿Qué pasa? ¡Los pies habían desaparecido, ocultos por el ruedo de la falda, y ella levitaba a unos treinta centímetros del forraje! La brisa enmarañaba sus cabellos encrespando el satén como un estrépito silenciado por el viento.

Ella nos miró unos segundos y sonrió. Y jamás olvidaré esa sonrisa.

Nos incitaba a acercarnos.

A arrastrarnos entre sus fauces.

A perdernos en un beso agónico, inagotable.

Y desapareció.

Y entonces, en ese ocaso, los rumores de la noche volvieron a arder.

Epifanio Ruiz no se recuperaba de la impresión por los hechos ocurridos la noche anterior con Arabella. Ofuscación. Perplejidad. Angustia. Imposible expresar con simples palabras esa carrera de sensaciones.

Las cosas pasaron así, se dijo, y recordó.

Ayer me levanté a las diez de la mañana, agotadísimo, no sabía por qué. Salí disparado de casa, me picaban los pies por estar en la calle. Fui a la comandancia, a ver si sabían algo del capitán: cero novedades. Anduve revisando expedientes, realizando llamadas, puro trabajo rutinario. Una intuición: algo extraordinario estaba por suceder. Y no me refería a esta escena del crimen.

24

Sobre el desorden de mi escritorio advertí un papel que me llamó la atención. Al acercarme vi la A de “Arabella” consignada al pie de una cifra. Un número telefónico, sin dudas. ¡Al fin la había localizado! Mejor dicho, ella me encontró a mí. Otra vez.

No tenía tiempo que perder, debía descubrir cómo finiquitar mis asuntos pendientes con aquella furcia, que siempre logra lo que quiere. ¡Mierda esa buscona que sólo me busca cuando necesita algo!

—Vamos, Flaco —Santiago Matamoros interrumpió las cavilaciones de Epifanio Ruiz—. Usa la comba de una vez, y acaba con esto.

—Lo que pasa es que...

Mientras se pasaba por los huevos las excusas del Flaco, Matamoros volvió a retomar sus propios recuerdos. Un abrazo inundado por la muerte, un fantasma ansioso lo regresaba a la selva. ¿Qué había sido aquella aparición?

Un presagio de muerte, o eso creí en ese momento.

En ese momento yo había parpadeado, negando con la cabeza.

—¡No puede ser, Ruiz! —dije, alzando la voz—. Esto no está sucediendo.

Epifanio abría la boca, intentaría darme una respuesta. No pudo: quedó paralizado por la carcajada infernal de esa mujer. En cuanto a mí, oírla me arrojó a una sensación de muerte y de despedida final: esa risa evocaba el dolor de existir.

—¿Cuándo? —me preguntaba, sin saber yo mismo a qué tiempo aludía—. ¿Cuándo?

Y ella se esfumó.

—No... —balbuceó Epifanio—. No es la primera vez.

—¿Qué dices, cabo?

—No es la primera vez que veo a la Dama. —Y se cubrió la boca, intentando contener los sollozos. El semblante se le apagó.

Apenas éramos dos chiquillos jugando a ser soldados. A eso nos reducía aquella aparición.

Pero nos habían entrenado, y nos habíamos curtido en las más sanguinarias batallas. Nos atragantábamos con el sufrimiento de ver a más niños como nosotros morir en uno y otro bando. ¿Qué querían nuestros jefes? Si fuimos entrenados para ser machos, invencibles, invulnerables, implacables, imposibilitados a mostrar nuestras debilidades, jugando a morirnos por el honor de defender la patria. Pero de qué mierda de patria podíamos estar hablando, si nos mandaban a morir, a perdernos, a convertirnos en lo que juramos nunca ser.

Intenté serenarme. En medio de la selva, que ahora volvía a resonar en el calor y en el arrastrarse de las alimañas entre la fronda, Epifanio me necesitaba. Y sólo contaba conmigo. Lo abracé como a un chico:

—Cálmate, hermano. La otra semana nos trasladarán a un nuevo destacamento. No te voy a dejar solo, Ruiz. Ten la seguridad. Y si vuelve a aparecer esa..., ese horror, ya veremos.

—Y si se pone dura la tal Dama.

Lo miré: Epifanio había tenido la misma sensación de muerte.

—Pues encontraremos cómo exterminarla, cabo.

26 —Palpé el cargador de mi AK-47—. Juntos. Siempre tú cuidando de mi culo, y yo del tuyo.

Epifanio se calmó. Me preguntó a dónde nos mandarían. Le respondí, sin titubear:

—Ayacucho.

—Ayacucho.

—Un lugar de lo más tranquilo, tú sabes.

—Ayacucho —repitió Epifanio Ruiz, y vi cómo la nuez de Adán se le anudaba en el cogote.

Pese a la interrupción provocada por Santiago Matamoros, Epifanio Ruiz sonrió, intentando concentrarse de nuevo, mientras veía cómo el Flaco Hermoza trataba de forzar la cerradura con un gancho descomunal. Ya empieza a sacar sus cojudeces este huevón, se dijo Epifanio.

Volví a aquella A, a aquel número telefónico. Mejor comer algo ligero antes de decidirme a llamarla o no llamarla. Un buen ceviche de conchas negras me caería a pelo. Y no quería parecer un desesperado: Arabella no debía enterarse de que yo me arrastraba por ella. Puta, qué imbécil había sido. No debí acercármele de ningún modo. Ya vería. Tenía el tiempo

suficiente para ir a comer al Mercado de Surquillo, dormir un rato, asearme y olvidarme —o no, vaya a saber— de esa bendita/maldita nota.

Sonó el teléfono.

—¿Epifanio, eres tú?

¡Ella, nada menos! Tremenda bruja.

Emití un sonido ininteligible que sonó a:

—¡Arabella, demonios! Qué quieres.

—Lamento llamarte, Epifanio. Sé que no tengo ninguna razón para hacerlo, pero en verdad necesito verte esta misma noche. Por favor. —Estuve a punto de colgarle y ya, y la perra se dio cuenta—. ¡No me cortes, te lo ruego!

Siguió hablando, contándome sobre su vida, sobre sus asuntos y todas esas locas mierdas sobre esas locas cuestiones egocéntricas del ocultismo que tanto la alocan. Su único tema era ella y ella y ella. Y yo seguía ahí escuchándola, sin mover un músculo: parado, embobado y sin acción. ¡Maldición, era esa puta! Debí cortarle de una vez. No hice eso. No seguí mi plan, si es que en realidad tenía alguno. Sólo me quedé ahí, idiotizado, escuchándola.

Esperé a que terminara de declamarme toda su vida. Supe todo sobre Arabella Stumpf, y de sus propios labios. Al final, me indicó una hora —las 21:00— y un lugar —La Divina Comedia, discoteca que yo frecuentaba—. Y asentí. Y cortó.

Volví a casa, me asee un poco, me cambié, me tomé mi tiempo, esperé impaciente intentando enfrentar lo inenfrentable. Apenas el reloj marcaba las siete, salí alegremente rumbo al infierno más dantesco.

No llega y no llega. ¿Llegará, o citarme fue sólo por venganza?

28 No entiendo por qué escogió este club de mala muerte. Tal vez no ignoraba que yo solía cazar en este coto. Nunca la he visto por aquí. O quizá no hemos coincidido. No lo creo. *Este cuchitril no es un lugar adecuado para mí* sería una afirmación muy de ella: seguramente no asistía a este tipo de antros. Ni siquiera Barranco soportaba atravesar, cuando viajábamos a algún balneario del sur. Despreciaba las calles, la indolente bohemia y la decadencia de sus habitantes. Ella no había nacido para coexistir con borracheras inacabables, peleas callejeras, peleas innecesarias, peleas sucias. No podía alternar con putas, con el sexo sudoroso, el sexo desenfrenado en un cubículo de algún mierdoso bar. Sexo, nada más que sexo puro por el sencillo placer de cachar, rock 'n' roll, pogos, matanzas, demasiado alcohol, luchas a navajazo limpio, bolsitas de plástico desechables, los bates, los wiros, las pavas, estar angurri, morideros, amenazas de muerte, amenazas de vida, amenazas hasta de tu vieja, torturas, drogas benditas, drogas comunales, drogas necesarias, noicas, inocencias perdidas, sangre y alcohol a borbotones, verdugillos, pandillas. No podía Arabella meterse en pleitos con lo peor de lo peor, la collera, las bajonas y los mixtos, los mixtos y el pay, el pay y robar para comer, deslealtades y lealtades caducas, vivos y muertos conviviendo juntos como hermanos, orgías con puro ron y barajas, orgías todos contra todos, nunca cerrar los ojos, orgías en cuartuchos destartalados, madrugadas interminables, pistolas, dolor, perpetuo dolor, muchas

veces sin nada que comer por días. Nada ni nadie que te sostenga, Arabella, ni mucho menos yo.

No: ella no tenía interés de entenderse conmigo, un muchacho sin mucha suerte, nacido y crecido en el distrito que Arabella tanto aborrecía. Tampoco, menos que menos, le interesaba retornar a sus orígenes.

¡Maldita sea, por qué tuve que contestar esa llamada!

Para entrar en La Divina Comedia, debes flanquear a dos o tres guardaespaldas curtidos en estas noches tenebrosas y sedientas de sangre de Lima. Estos desgraciados eran comandados por un enano pelirrojo, de parche en el ojo izquierdo. Siempre sospeché que fingía, que lo usaba únicamente para intimidar. Para ostentar ínfulas de poder y, de alguna manera, compensar sus enanescos complejos. Su aspecto parecía una broma de mal gusto: desaliñado, de un humor de perros, anadeaba como un pato cojo. Nunca se separaba de su bastón de empuñadura de acero en forma de calavera, que siempre usaba de garrote contra los dos o tres cojudos que lo escoltaban. Decían de él, y haciéndole la más absoluta justicia, que era un grandísimo hijo de la gran puta, el más bacán de los bacanes, todo un faite. Cuentan las malas lenguas cómo esta pequeña aberración de la naturaleza logró de buenas a primeras forjarse una reputación —y, según todos saben, las malas lenguas son las más hijas de puta, fidedignas y descaradas informantes—. Y todo dependía de la fuente del chisme: unas veces era así, y otra asá. Aquel homúnculo podía ser tanto el enamorado de una chiquilla de la zona, como el amante de la novia de

uno de sus amigos, o el caficho de esta, o quizá sólo se encontraba embobado por alguna curvilínea mujer. Lo que sí podemos asegurar es que tanto el enano como su amigo y la prima de este amigo eran los protagonistas de tales crónicas. Y además me consta, porque lo leí y releí en la documentación depositada en cierta denuncia radicada en la comisaría de Barranco, que nuestro minúsculo galán se la cachó bien cachada a la charapa de apenas diecinueve años cumpliditos.

30 Ella, buena moza y apasionada, vio con buenos ojos los acercamientos de su enamorado liliputiense. Le aceptaba los elogios, le recibía los regalos, le admitía las propuestas. En definitiva, salía con él para arriba y para abajo. Sin embargo, el enano desconocía algo muy importante: a Magaly le encantaba la pinga. Aclaración: no hay mujer sobre la tierra que haya probado la pinga y no le encante; pero lo cierto es que a ella —su sueño secreto era recibir sobre sí una tormenta de leche— la pinga le encantaba demasiado. Así es, como lo oyen: “Me gustan los machos alfa de lomo plateado, pelo en pecho, macetones, barba de leñador y espalda de gladiador romano”. Tal es la definición exacta inscrita en la declaración.

¿Y por qué carajos seguía con ese huevón, y encima tan bajito?, se preguntarán. Según las propias palabras de la susodicha: bonito me trataba / era un bolsudo / me sacaba a pasear cada vez que yo quería / lo tenía comiendo de la palma de mi mano. Bueno, ella creía eso, y de eso se ufanaba. ¿Y de los otros qué decía? Eran para mi vacilón, porque me lamían rico las chichis / jugaban rico con mi pishura / ¡me

encantan los soperos! Y yo no me quedo atrás, mamacita, que a mí también me encanta la sopa rica.

Decididamente, la chiquilla selvática se las traía. Medio forajido del barrio —que encajaba a cabalidad en la descripción de sus antojos— asoló, arrasó y se internó gustoso entre sus piernas. ¿Y qué hizo el enano cuando se enteró de las peculiares inclinaciones de su amada y de los tremendos ornamentos que se le asomaban sobre la cabeza? Ese petiso malnacido, comentó la aludida, al comienzo era todo un caballero. Después me jodió el muy conchesumadre.

31

En el ajado y acartonado papel no se podía leer nada más. Seguro sucedió por casualidades de la vida: las dos hojas restantes, justo-justo en donde se detallaba el crimen, habían sido notoriamente arrancadas del folio. Sin la declaración completa, tipeada en una destartalada Underwood, sería muy difícil que prosperara la denuncia.

En realidad, fue muy simple: antes de cometer cualquier fechoría, el enano reventó la mano a media comisaría. Cuando le entregaron la copia a la muchacha, sólo constaba la primera parte de su declaración y la clásica frase: ES COPIA FIEL DEL ORIGINAL. Y la fecha, las firmas y los sellos, tanto del instructor como del comisario.

¿Pero por qué compró a medio mundo, y por qué con total descaro los sobornados omitieron tan vital información para la agraviada?

Pero yo, Epifanio Ruiz, teniente PNP, tengo mis fuentes. Fidedignas o no, estas hijas de puta me revelaron lo acaecido ese día. En verdad era vox pópuli

entre las malas lenguas, un secreto a voces. Saben cómo se encubren entre ellos esos pendejos, hasta que los tienes bien cogidos de los huevos y sueltan to-ditito. En fin, ese infausto día, como era la costumbre, el Enano del Rojo Cabello la invitó a cenar. Después, como un mal hábito, la llevó a dar una vuelta por el malecón. Y de ahí se suponía que la regresaría a su casa, plan de ocho o nueve de la noche. Pero el destino tenía otro plan.

32 Ese infortunado día, Lilliput la convenció de ir a otro lado, un sitio más íntimo. “Hecho sólo para nosotros dos”. Palabras zalameras, sonrisitas pendencieras, ella cayó redondita. Te quiero mostrar nuestro nidito de amor, le dijo. Ella se dejó persuadir, no sin antes preguntarle: ¿Cómo harás con el trabajo? El enano respondió: “He pedido permiso”. Mentía: nunca pidió permiso, porque no lo necesitaba. Ella ignoraba que él estaba ejecutando un particularísimo plan de acción.

—Princesa, voy a llevarte a tu palacio —le susurró sacando del bolsillo un pañuelo negro—. Tengo listo nuestro carruaje. Apenas subas, ponte esta venda, así no verás la bonita sorpresa que te tengo preparada.

Ni bien ella asintió, el enano levantó el brazo. Se acercó un taxi, y él le abrió a Magaly la puerta trasera. La zorra, emocionada, dio un pequeño brinco y subió al vehículo. Sin chistar ni poner objeción alguna, se dejó vendar los ojos.

Con el corazón a punto de escapársele del pecho por las mentiras de aquella miniatura, ella ya se veía dueña de un chalet californiano, y se repantigaba de gozo en el asiento trasero del taxi. Sus ideas planeaban

atolondradas entre las cumbres del Himalaya: creía ser uno de los ánsares indios más osados, las únicas aves que se atreven a volar entre esas cumbres.

En tanto, el depredador se relamía los diminutos labios, su cara se empantanaba con destellos macabros, confiriéndole un aire inaudito y poco atractivo. Observarlo se convertía en un acto deleznable y grotesco. Repugnante como la lúgubre planificación que diseñó para destazar a su presa. La revancha que tanto tiempo le tomó concebir, al fin daría tiernos frutos. Y lo mejor era que él saldría indemne, libre de cualquier cargo.

33

El taxista se dirigió a cierto almacén de cierto rincón de Villa El Salvador. Dentro de lo pactado, se sobrentendía que no debía realizar ninguna pregunta respecto a la mujer, respecto a la carga que llevaba en el maletero, respecto a la venda oscura o respecto a cualquier otra ocurrencia que pudiese asomar entre sus taximétricos pensamientos. Lo contrataron para transportar un paquete en la maletera, un par de personas de ida y regresar con o sin la carga y, quizá, con un único pasajero. Debía prestar asimismo la ayuda necesaria, si así lo requería su enanesco cliente.

Al parecer, al inescrupuloso nunca le interesó a quién llevaba o qué trasladaba: repasaba, una y otra vez, la succulenta cantidad de billetes recibidos y esperaba ansioso el resto del pago. Y habrá pensado José Tax: *Unos cuantos minutos más de espera. No es la primera ni la última vez que vengo aquí. Me pongo Filarmonía, espero, cumplo y me voy al sobre con mi patrona.*



BÄRENHAUS
EDITORIAL